

LA PROTESTA

PRECIO 10 cts.

SUPLEMENTO SEMANAL

PORTE PAGO

U. Telefónica 3.476 — B. Orden

Redacción y Administ.: PERU 1637

Valores y girés a A. Barrera

PROPAGANDA DE REFLEJO

De cuando en cuando llega a nosotros esta advertencia: Es necesario intensificar la propaganda en el exterior, ampliar el campo de la difusión doctrinaria fuera de los límites fronterizos del país, ganar para nuestra interpretación del anarquismo a los compañeros más activos y capaces de Europa y América.

Parecería, al recibir tan frecuentes como clamorosos llamados de compañeros que se esfuerzan en hacer conocer fuera de la Argentina la modalidad de nuestro movimiento, que LA PROTESTA no se preocupara más que de cosas de aquí. Pero no se trata de eso. ¿Acaso se nos puede tachar de indiferencia en lo que respecta al movimiento obrero y a la propaganda y acción anarquistas del exterior? Nuestra mayor preocupación consistió siempre en reseñar los hechos más importantes que se desarrollan en el mundo del trabajo, y esa labor está en la propaganda de todos los días desde las columnas del diario y del SUPLEMENTO.

No poseemos, en cambio, la habilidad de la reclame. Enemigos de la bambolla revolucionaria, no recurrimos al "bluffismo" para dar en el exterior la impresión de que somos los únicos gestores de la revolución argentina... Y es la misma seriedad de nuestra propaganda, la que le impide abrirse cauces en ciertos ambientes invadidos por el tropicalismo subversivo.

Las fuentes de divulgación de nuestra propaganda — de la modalidad del movimiento obrero que encarna la F. O. R. A. — están en LA PROTESTA y en el SUPLEMENTO semanal. Y ese material de propaganda, por lo mismo que exige muchos sacrificios y sólo puede multiplicarse con la cooperación de los anarquistas, no podemos desparmarlo sin ton ni son en ambientes adversos. De ahí que no hayamos intentado, como lo hacen los grupos cismáticos sostenidos con la contribución extraña y alimentados por los enemigos de nuestras ideas, invadir a Europa y América con periódicos y manifiestos encargados de sostener un "bluff" revolucionario.

Tampoco tenemos la costumbre de escribir cartas adulonas para conquistar el apoyo de compañeros ajenos a nuestras cosas. Reprobamos ese procedimiento, porque no sólo implica clandestinidad en cuestiones que deben ser públicas, sino que también entraña un fin conspirador que se dirige generalmente contra la verdadera propaganda anarquista.

A pesar de ser LA PROTESTA el periódico más viejo y conocido para el proletariado de la Argentina, no es la publicación anarquista que más se conoce en el exterior. Periódicos de reciente creación, sin arraigo en nuestro movimiento, que no leen los anarquistas de este país, han logrado divulgarse en el ambiente obrero de Europa y de América. ¿Es que se preocupan con mayor interés

por las cuestiones del exterior? ¿Ofrecen un exponente más claro de las características del marxismo regional, y por ello interesan a los anarquistas que se preocupan de estudiar el movimiento revolucionario internacional? Nada de eso. El secreto de su divulgación hay que buscarlo en el sistema de propaganda que emplean esos grupos minúsculos: en el "bluff" y la reclame

que hacen de sus pretendidas virtudes revolucionarias.

El "aliamo", por ejemplo, no existe como tendencia capaz de perfilar un movimiento propio. La A. L. A. es una agrupación limitada a sus componentes — media docena de individuos — que nada influye en la orientación del proletariado, ni mucho menos mantiene la más leve conexión con la propaganda anarquista. Pero la campaña de renegados, hasta ayer al servicio de Moscú, cuenta con un periódico — "El Libertario" — que se llama órgano de una nueva tendencia anarquista. Y como esa publicación no depende del apoyo de los anarquistas de este país, busca en el exterior un fácil campo de expansión.

Todo movimiento artificioso procura apoyarse en ficciones. El "aliamo" intentó alinearse con el reflejo de acontecimientos ajenos a nuestras luchas — con el "bluff" bolchevique — principalmente difrazando sus verdaderos propósitos para poder pasar desapercibido en los medios anarquistas de Europa y América. Y solo mediante una intensa propaganda confusionista, recurriendo a la calumnia epistolar, a la mentira y a la infamia desparamadas en centenares de manifiestos y periódicos, pudo la A. L. A. entrar por sorpresa en el terreno vedado a todos los piratas del ideal.

A costa de no pocos esfuerzos hemos logrado desenmascarar a los gestores del "aliamo" y poner en claro todas sus maniobras confusionistas. Nadie ignora ya, en Europa y América, la condición moral de la "maffia" que se refugia en la A. L. A. y el miserable papel que representa "El Libertario". Las máximas de los polizontes García Thomas, Ferrer, González, Alba y demás personajes de avería, se descubren con solo analizar sus teorías dictatoriales y su grosero oportunismo.

Pero el cisma no terminó con la calificación internacional del "aliamo". Invocando otros motivos de orden teórico, pero recurriendo a los mismos procedimientos, aparecieron en escena los promotores de la nueva escisión anarquista. Se trata de viejos y enconados personalistas, de hombres que se creyeron siempre el centro de gravedad de la propaganda anarquista y no se conformaron con su papel de segundones.

La derivación del fracasado "aliamo" — intento derrotista contra la F. O. R. A. y LA PROTESTA — la encontramos en la tendencia pseudo individualista de "La Antorcha". La lucha de ese grupo contra el grueso del anarquismo, no es de hoy. Hace ya dos años, en un curioso informe remitido a Europa y que publicó "Humanité" N.º 1 de Roma,

VANO EMPEÑO



Mussolini quiere concluir con las ideas aplicando el manganillo.

se sostenía que "La Antorcha" era el órgano máximo del anarquismo de la Argentina. Y como el informe pertenecía al mismo grupo "La Antorcha", el diario anarquista de Italia calificó de parcial el informe, ya que en él se desocho internacionalmente la importancia y hasta casi la existencia de LA PROTESTA y de la F. O. R. A.

El "antorchismo" maniobra hoy para conquistarse un puesto en la opinión internacional, ya que no puede conseguir sus propósitos de hegemonía en el movimiento obrero y anarquista de este país. Y emplean los mismos recursos de los personajes de la A. L. A.: el "bluff" revolucionario para dar una impresión de fuerza en el exterior, las mentiras y calumnias epistolares, la invasión del ambiente obrero de Europa y América con sus periódicos insidiosos.

"La Antorcha" vive de una propaganda de reflejo: Se proyecta fuera del que sería su centro de influencia, por lo que no es extraño que sea más conocida en el exterior que lo que en realidad lo es en la Argentina.

Esos movimientos de reflejo, sin apoyo en la opinión anarquista de este país, están llamados a desaparecer tragados por el vacío... El "alismo" no interpretó un movimiento real en nuestro proletariado, ni tomó por base una positiva renovación de las ideas anarquistas. De ahí su fracaso como tendencia nueva.

Si el "antorchismo" no crea algo nuevo, o no define cuando menos su posición doctrinaria en nuestro movimiento, no seguirá el mismo camino?

La propaganda de "bluff" no da más que resultados pasajeros. Lo que prevalece es lo que lleva impreso el sello de la seriedad y de la consecuencia. Por eso no nos alarma la ignorancia de muchos compañeros en Europa y América, respecto al movimiento anarquista de la Argentina y al papel histórico que representa LA PROTESTA para el anarquismo mundial.

La idea anarquista: su pasado, su porvenir

II

Pleno que se puede asegurar sin ser injusto que todo lo que por decirlo así despertó la revolución francesa en sentimientos e ideas libres, fue pronto sacrificado ante el altar del Estado, de la república que se creía el polo opuesto de la monarquía podrida, una diosa pura y virtuosa, la fuente del bienestar de todos. En cuanto a los movimientos del pueblo, los nuevos burgueses olfateaban muy bien su carácter inevitable de reivindicaciones y de continuaciones sociales, destructor del antiguo régimen y del burguesismo naciente: fueron aplastados, desviados, dominados y el pueblo fué llevado a la esperanza de que la república, la comuna, es decir los diputados, los comités, los comisarios obrarían por él. P. Kropotkin, cuya mirada fué agudizada por la observación de la revolución rusa que se acercaba, examinó con más atención que nadie los instintos, la voluntad y la acción de los campesinos franceses y de los obreros de las ciudades, pero creo que hasta su relato — la revolución tal como fué reconstruida por él de acuerdo a esos estudios — deja la impresión que el pueblo fué muy a menudo utilizado, engañado y hecho víctima por los jefes políticos y económicos de los nuevos burgueses, los cuales para la represión del "enemigo en el interior" (que para ellos era tanto la reacción realista como las aspiraciones del pueblo), contra los ejércitos blancos invasores, pero bien pronto también por una expansión nacional, aprovechable económicamente, se atuvieron a todo precio a la autoridad, sufrieron y sostuvieron los comités dictadores, luego la dictadura militar que encontró una encarnación tan perfectamente sinestra en Bonaparte. Este tuvo por una quincena de años casi todo el continente europeo a sus pies, una presa del militarismo triunfante y de las codicias y de los avaros burgueses de un paraíso para los ricos y los poderosos.

Los últimos "montagnards" se sacrificaban en Pradial en el año III (1795), en Roma y en otros lugares; — los últimos conspiraban con Babeuf, formando el ala política de su organización y si hubiesen triunfado, habrían reiniciado la dictadura y Babeuf y los socialistas hubieran sido sacrificados. Lo que sobrevivió de hombres honestos fué desde entonces reducido a la vida subterránea de las sociedades secretas y los complotos sin éxito. Más tarde, después de la caída de Napoleón, esos hombres entraron en relación con la juventud de las escuelas y con las nuevas generaciones en general; que ante todo detestaban a los Borbones restauradores en 1814; esa fué la época del carabonismo y de las conspiraciones generosas, del martirio del general Berton, de los sargentos de La Rochela y de muchos otros. Pero cuando al fin esos esfuerzos triunfaron por la feliz insurrección de junio de 1830, no fué la república la que sucedió a los Borbones, expulsados, sino el régimen burgués por excelencia, la monarquía de los Orleans, de Luis Felipe (1830 hasta febrero de 1848). Durante todos esos años el pueblo quedó impotente, simple carne de cañón consumida por las guerras sin fin del imperio, mientras los campesinos disfrutaban del fin del antiguo régimen, aceptando el imperio como una protección contra una reacción completa y cruel, y todos los demás hicieron lo mismo, a excepción de algunos intelectuales muy moderados y por lo demás alejados de la vida real, los llamados "ideólogos"; todo el mundo en Francia se contentó con vivir en el país de los fuertes al cual los ejércitos siempre victoriosos y la mano de hierro del emperador daban el continente entero por campo de acción, de beneficio y de placer. No es por tanto en tales condiciones como podían formarse las ideas libertarias.

Pero aún había otros mundos suyos en la Europa de Napoleón I. Existía una inmensa Rusia que no pensaba en doblegar ante Napoleón y que maduraba su rui-

na y que en efecto se convirtió, lentamente, pero con seguridad, en el agente principal de ella. Existían además los países conquistados o reducidos a la impotencia. El porvenir se dibujaba triste para ellos, su mirada se dirigió, pues, hacia el pasado y se creó la primera forma, completamente idealista, del nacionalismo, — tanto en Alemania como en Italia y en otras partes; el período que se llama romántico de la filosofía, de la literatura y del arte, de las concepciones políticas y económicas (necesariamente retrógradas, pues) fué su resultado y su expresión muy material fué el deseo de formar Estados nacionales unidos, unidades económicas y políticas. La indiferencia nacional, el cosmopolitismo del siglo XVIII, fueron entonces radicalmente destruidos. Esa ruptura de la solidaridad humana, que habían preparado los grandes descubrimientos de la ciencia y el progreso económico, continuó desde esa época; el siglo XIX tuvo todavía el omen sentido de resistir al mal sin llegar a vencerlo — el siglo XX ha comenzado con la catástrofe mundial y no tiene aun idea alguna de cómo terminará.

Para todos esos países también, la libertad no fué más que un sueño y las ideas libertarias no hallaron en ellos entonces ningún florecimiento tangible. Otro mundo aún fué el de la Gran Bretaña y su gran esfera, y ese mundo permanecía fuera de las garras de Napoleón. En él las perfecciones mecánicas de la industria, las invenciones de Hargreaves, Watt, Arkwright y de otros muchos, habían creado una superioridad en la producción industrial intensificada por la guerra de veinte años contra Francia hasta convertirse en un monopolio industrial y comercial. También se desarrollaron poderosamente desde el advenimiento de la burguesía en 1688 hasta la derrota definitiva de la monarquía de los Stuart, la crítica y el radicalismo en filosofía y en política. En tanto que en el continente se admiró y se preconizó frente al absolutismo el sistema representativo inglés, en Inglaterra mismo se vio ese parlamentarismo en la obra y la crítica avanzada puso al desnudo sus vicios y sus abusos. Se escribieron pocas utopías sociales en Inglaterra en el siglo XVIII — las Memorias de Gaudenzio di Lucca, 1737, por el sacerdote católico Simón Berington son una de ellas — pero se hicieron proposiciones económicas muy serias, como las de John Bellers (1695), Robert Wallace (1761), William Ogilvie, y más tarde Tomás Spence (1750-1814), el primer socialista que hizo realmente una vasta propaganda popular. La idea de comunidades sobre una base de justicia en el trabajo (John Bellers llama a la suya: colegio industrial; Robert Owen, viéndolo en él un precursor, hizo imprimir el libro olvidado de Bellers) y la de reformas agrarias que llegaban hasta la nacionalización del suelo, son características de esa evolución del pensamiento social. Se desarrolló un radicalismo político concerniente a la libertad personal y un materialismo filosófico muy consecuente (Price, Priestley, etc.), y las antiguas tradiciones anteriores al feudalismo y las de la resistencia contra la realza del período del siglo de Cromwell, el espectáculo de la lucha americana por la independencia y los primeros años de la revolución francesa que destruyeron el antiguo régimen: todo eso creó en muchos hombres del pueblo, en los artesanos de las ciudades sobre todo, y en los espíritus independientes de todo el país y de Escocia una mentalidad de resistencia antitotalitaria, preocupaciones por la autonomía local y por la libertad personal, cosmopolitismo y libre pensamiento o al menos pensamiento religioso independiente de las religiones convencionales.

Hasta un hombre de carácter muy versátil, o mejor dicho sin carácter, como el irlandés Edmund Burke, ha escrito al principio de su carrera en su famosa Reivindicación de la Sociedad natural (1756) — libro que se reimprimó aún hoy mismo y que ha llevado en todos los tiem-

pos a sus lectores a profundizar las cuestiones planteadas en él:

"La división de la sociedad más evidente es aquella entre ricos y pobres, y no es menos evidente que el número de los primeros está en gran desproporción con el número de los últimos. Toda la ocupación de los pobres consiste en servir la ociosidad, las locuras y al lujo de los ricos, y la ocupación de los ricos, al contrario, es la de hallar los mejores métodos para confirmar la esclavitud y hacer aumentar las cargas que pesan sobre los pobres. En un estado natural la ley invariable es la que hace que lo que el hombre adquiere esté en proporción con su trabajo. En un estado de sociedad artificial una ley igualmente constante e invariable es que los que más trabajan gozan de la más pequeña cantidad de cosas y los que no trabajan en absoluto tienen el mayor número de disfrutes".

"Las diferentes especies de gobierno, rivalizan entre sí en cuanto a la absurdidad de sus constituciones y de las opresiones que hacen soportar a sus súbditos. Suponedlos bajo no importa qué forma, en realidad no son más que despotismos... Porque los gobiernos libres... han cometido actos de tiranía más flagrantes que los gobiernos más despóticos que se conoce... En una palabra, este autor ha comprendido perfectamente el vicio inherente a todo gobierno, cualquiera que fuese la forma.

Sin embargo, esta crítica incisiva fué rara, y se aplicaba más bien a querer reformar, mejorar lo que existía; no hubo ninguna síntesis de las ideas antitotalitarias y sociales antes del libro de Godwin en 1793. La formación de las repúblicas americana y francesa hicieron creer a hombres como Tomás Paine y muchos otros en la potencia creadora de la democracia, hombres justos y bien intencionados. Bien pronto las persecuciones crueles contra los simpatizantes más activos de la revolución francesa, esa larga serie de procesos y, con frecuencia de peores, desde el proceso de la "Sociedad de correspondencia", en que todos fueron absueltos, al martirio de Arthur Thistlewood y de sus camaradas casi treinta años más tarde (1820), en que se ahorcó y cortó la cabeza a los suplicados, absteniéndose apenas de desuavizarlos, estas persecuciones imponían una solidaridad moral e intelectual con la revolución, aunque fuese autoritaria, e impedían la crítica en esa democracia estatal — porque la peor de las dictaduras, Robespierre o Bonaparte, parecía preferible aun a los que estuvieron lejos de ellas; al régimen cínico de la aristocracia oligárquica de los Pitt y de los Castlereagh. Resultó que el efecto del gran libro anarquista de Godwin, que se rebelaba contra todas las tiranías, la de Inglaterra como la de Francia, no fué tan grande como hubiese podido ser, — puesto que los elementos militantes fueron desviados y extraviados en gran parte por el triunfo aparente de la democracia autoritaria en Francia (un fenómeno idéntico a la fascinación de elementos semejantes por el bolchevismo ruso — lejos de ellos — en nuestros días, — hipnosis que felizmente parece ir en decrecimiento).

Observemos aun otro mundo de esa época que, lejos de la Europa desgarrada, se desarrollaba libremente, disfrutando de la democracia perfecta y de la riqueza crecientemente — los Estados Unidos de América del Norte.

Sin embargo, en las decenas de años que siguieron a la conquista de la independencia, hubo muchas ilusiones perdidas y luchas ásperas, centralizadores y federalistas, y también acomodados y empobrecidos. Quedaron todavía hombres honestos como Tomás Jefferson, que escribió en ocasión de una de esas revueltas locales:

"Que Dios implida que permanezcamos jamás veinte años sin una rebelión semejante! ¿Qué país puede conservar sus libertades, si sus jefes no son advertidos de tanto en tanto, que el pueblo conserva su espíritu de resistencia? Que tomen las armas. ¿Qué importa la pérdida de algunas vidas? El árbol de la libertad debe ser refrescado de tanto en tanto por la sangre de los patriotas y de los tiranos: esé es su abono natural".

En esa época, en las ciudades del este

se desarrollaban ideas sociales y organizaciones obreras, pero los espíritus más independientes, aventureros y robustos tenían siempre el recelo de dejar las ciudades y de ir hacia el gran oeste aún despoblado (es decir, arrastrado gradualmente a los indios por los medios menos escrupulosos); allí se tenían a disposición riquezas naturales con el solo trabajo de tomarlas, existía un mínimo de interferencia gubernamental y un máximo de autonomía local: se estableció uno allí por familias, grupos o comunidades, absorbido por el trabajo de desmontar el nuevo país y lejos de las luchas políticas y sociales de los distritos congestionados del este, del esclavismo del sur y de la Europa que continuaba desgarrándose. Se practicaba, pues, la libertad, sin profundizarla de otro modo, lo que permitió al capitalismo y al estado volver a su punto poco a poco en el siglo siguiente.

Hubo un pequeño número de utopistas allí. En 1802 fué publicado en Philadelphia Equality a History of Lithuania (país imaginario), por el irlandés O'Dresscol, que redactaba el Tempo de la Razón, periódico deista. En 1837 Lithuania fué reimpressa y he leído en otro tiempo los largos extractos dados por el New Moral World, la revista principal de los owenistas en Inglaterra, pero no podría decir ahora si esa utopía es de las menos autoritarias, como me había hecho presumir una nota del Twentieth Century de New York, 24 de octubre de 1839. — Conozco mejor otro libro de los más utópicos, aunque sin el cuadro exterior de una utopía: es Paradise within the reach of All, por J. A. Etzler (Pittsburg, de 1830-40); es un ditirambico sobre la felicidad que las máquinas, descentralizadas y accesibles a todos en la forma más individualizada, aplicadas al suelo no desmontable y al subsuelo libre e intacto aún del nuevo continente, difundirían en profusión sobre todos, produciendo una riqueza de la cual surgiría por sí el comunismo. Tal es al menos mi impresión de ese libro notable que muestra lo que la región industrial de América habría podido ser, si se hubiese pensado en la dicha general, — triste contraste con las ciudades de fábricas gigantes y de ruinas para obreros agotados que la región presenta hoy, casi un siglo después del sueño de Etzler.

No hubo anarquistas americanos antes de Josiah Warren (1827), pero se comprende que en las condiciones de entonces, el anarquismo iba a adquirir una forma individualista en América.

De esta revista rápida de las grandes esferas de la civilización de hace un siglo y un poco más, me parece resultar que el anarquismo tenía la más grande probabilidad de ser expresado en forma concreta en Inglaterra. La mentalidad francesa, antes de que Proudhon a partir de 1840 desbrozara algunos cráneos, fué mantenida bajo la presión autoritaria de la revolución y del imperio. Hasta los sueños utópicos asumen una forma estrecha, estatal y burguesa. El economista burgués, J. B. Say fué el autor de Oibie. J. de Sales el de Ma République. Una utopía con buenas intenciones sociales, La Philosophie du Ravarebohni (es decir — esto es un anagrama — de la verdadera dicha) por dos autores que quedaron anónimos entonces (Yaunze y Sponville), 1808 (reimpresa en 1881) elabora un cesarismo completo, o se transforma a Napoleón en reformador social y hasta en socialista, lo que no impidió que el libro fuese suprimido por la censura y casi totalmente destruido. Otro utopista de esa época imperialista, un aristócrata agricultor, creador sobre todo de los merinos entonces introducidos en Francia, concibió ideas de una reforma de los hombres lo mismo que se mejoran las razas animales, domesticadas, pero limitó su libro; Le Reve singulier ou la Nation comme il est a point (Paris, 1808, VIII, 544 págs.) a 25 o 50 ejemplares de tiraje, según los bibliógrafos, y no apareció más que ese primer volumen; el azar me hizo encontrar hermosos ejemplares de esos dos libros rarísimos. Fourier también se dirigió primero al gobierno (Lettre de Fourier au Grand Juge, 4.º nivoso del XII; publicada en 1874 solamente) y no hubiera deseado nada mejor que atraer la atención de Napoleón. La Icaria

de Cabet (impresa en 1838, publicada en enero de 1840) es un reflejo involuntario, pero al cual el autor, como autoritario, no podía escapar, de la Francia centralizada, ultrautoritaria del primer imperio.

En general, los dos grandes socialistas franceses de esa época — Saint Simon, que publicó después de 1802, Fourier, que publicó después de 1808 sus ideas nuevas — así como Robert Owen (desde 1812) — reflejan, lo mismo que todos los demás fundadores de escuelas socialistas lo han hecho y no podían menos de hacerlo — en sus sistemas, ante todo su propia vida, sus simpatías y antipatías en su expansión consecuente y lejana. Saint Simon daba curso libre a sus concepciones vastas del desenvolvimiento industrial, de la paz y del trabajo bajo la dirección de los pensadores más sabios e inteligentes que establecerían una dictadura espiritual sobre el pueblo. Fourier, que había conocido tan bien los detalles del comercio, grande y pequeño, basado con mucha frecuencia en la descepción y la aduiteración y que a causa de la concurrencia llevaba a una lucha estéril, a un derroche absurdo — Fourier deseaba, pues, un sistema económico propio y práctico, sin engranajes inútiles y con un mínimo de falsos gastos, lo que le llevó a profundizar el valor de la atracción, de la elección libre y sincera, de la libertad que es más productiva que el trabajo forzado. Robert Owen, como se sabe, después de doce años de experiencia en New Lanark (Escocia) como patrón de una gran fábrica, observó la influencia degradante o saludable de un ambiente y un tratamiento rutinario o benevolente. En la casa, totalidad, de los obreros que empleaba; concluyó que el hombre era el producto de su ambiente y que se mejoraría con ese ambiente; entregó luego su larga vida, hasta 1858, a la provocación de tales cambios que producirían una humanidad sana y feliz.

En las ideas de Fourier y de Owen hay una extraña mezcla de ideas libertarias y autoritarias y se preocuparon poco de la clasificación que se les daría. Sin embargo, lo que en ellos mismos fué un producto natural, no fué más que una imitación o creencia ciega en sus adherentes que les seguían a la letra y se convertían por eso en estrechos sectarios. Los errores que se constata en un sistema se explican muy a menudo por el carácter rígido que la tradición, el dogmatismo estrecho han dado a ese sistema. Por consiguiente, se se consideran las ideas generales de esos dos hombres como un principio vivo y modificable según las condiciones de su aplicación y si se les libra de todo lo que la fuerte personalidad de esos hombres ha impuesto necesariamente, sólo entonces se reconocerá en qué grado han aspirado a la libertad que es el único que es un factor activo, creador, mientras que la autoridad, aun para los que creen en ella, no es más que un pis-aller, una necesidad, un medio, estéril y estacionario, nunca progresivo.

Algunos fourieristas — había entre ellos muchos médicos, naturalistas, ingenieros también que eran observadores y estaban familiarizados con la evolución — han profundizado esas ideas de atracción y de armonía, del grupo libremente constituido y variable, basado en la elección libre de las ocupaciones, su diversidad, la proporción esencial para una cooperación práctica; están allí todos los elementos que servirán de base a los grupos anarquistas del porvenir y del estudio, la preparación de esos grupos que se deja con mucha frecuencia a la llamada espontaneidad que algunas veces no es más que el azar puro — ese trabajo ocupó en el más alto grado a Fourier y a sus adeptos serios.

El trabajo atractivo y asociado, la cooperación de elementos armoniosos — cómo llegar a eso sin coacción, sin autoridad y al mismo tiempo de una manera competente sin flarse al azar? Fourier se rompió la cabeza en el estudio de ese problema que implica el estudio de la naturaleza humana, de las disposiciones de cada uno, las exigencias de cada especie de trabajo, el mejor modo de cooperación. Todo eso no se producirá de acuerdo a las reglas y cálculos de Fourier, pero tampoco por sí mismo, por puro accidente. No se construi-

rán todas las casas según un plan único y tampoco se construirá una casa sin plan; esto se aplica a los grupos cooperativistas y a todo organismo compuesto que se constituya. La experiencia y la técnica del presente y el estudio intenso y el buen sentido de Fourier y de los fourieristas aplicadas a este problema, nos darán un armazón de valor para la reconstrucción libertaria; lo mismo sucedería si se reexaminara mucho de lo que Robert Owen ha dicho sobre el carácter humano y sobre sus transformaciones a la luz de nuestros conocimientos presentes.

Victor Considérant, en algunos escritos como *Nécessité d'une dernière révolution politique en France* (Paris, 1836), y *Destinée sociale*, 3 vol. (1837-38 y 44) ha elaborado maravillosamente la idea de la comuna, de la asociación y de la federación.

Un fourierista independiente, E. de Pompery, escribió también en un número-prueba, el único aparecido, de su periódico *L'Humanité* (Paris, 25 de octubre de 1845): "...ser libre, es poder desarrollarse conforme a su naturaleza, esencialmente social, después dar pleno curso a todas sus facultades activas. La libertad individual no encuentra, pues, su expresión y sus garantías más que en el seno de la libertad colectiva y por medio de la organización que la asegura a todos. Cada cual florece radiante y orgulloso al sol de la libertad y de la justicia sociales, que luce para todos los hijos de los hombres; porque la libertad consiste en vivir en la plenitud de su ser y el primer resultado de la asociación integral es colocar a todos los individuos en condiciones semejantes de existencia. Pasa con la libertad como con la riqueza. Cuando la sociedad entera es rica no hay necesidad de las fortunas privadas. (Esto es dicho en el sentido de una comparación hecha por Robert Owen que, hablando de la riqueza futura, que por sí misma quitaría el deseo de hacer acumulaciones por la misma razón que hoy no se acumulan botellas llenas de agua, puesto que se sabe que hay abundancia de agua. Así en una sociedad libre no se afirmaría inútilmente la libertad personal que nadie pondrá en peligro).

Este mismo autor dice aún: "El bienestar material (en la sociedad futura) existe para todos, la humanidad lo pone en común. Los tres cuadros de Fourier (trabajo, capital y talento, que recibirían cada cual una retribución) se han (entonces) gradualmente aproximado, para no formar más que uno; bajo la influencia creciente de una sociabilidad más elevada, del tono unitario, etc. El más y el menos en el seno de una tal abundancia, y cuando la vida se ha ennoblecido en tal forma, el más y el menos en ese orden de hechos se convierte en una insignificancia purior". "Tal nos aparece la solución final del problema de la propiedad individual y de un reparto equitativo de la riqueza. La riqueza debe ser el hecho de todos; porque el hombre no se hace hombre, no se desmorona más que en el seno del trabajo". Es preciso el lujo para todos, no la igualdad de la miseria que engendra forzosamente la degradación y el envilecimiento. Fourier ha enseñado los medios positivos para organizar el trabajo atractivo. "En el porvenir, cuando la humanidad respaldanza en su unidad cuando la tierra integralmente cultivada se haya convertido en el dominio del hombre, la riqueza constituirá un hecho social humano, universal: la propiedad individual se desvanecerá por sí misma... para no dejar como elementos de jerarquía (del grupo de los hombres) más que las desigualdades de alma, las distinciones superiores que marcan al hombre con una impresión divina (las diferencias naturales)". Esto que está datado el 29 de julio de 1845 y donde se encuentra también una crítica al fourierismo, oficial moderado de entonces — que recuerda la hecha por el federalista italiano Giuseppe Ferrari, el amigo de Proudhon — no es muy distinta del comunismo anarquista del porvenir, tal como lo concebimos nosotros.

Las ideas de Robert Owen implicaban la aplicación lenta y pacífica de la educación a los hombres hasta la transformación de su carácter por el medio libre y su emancipación completa como la idea de los escolares y estudiantes llegados al fin de sus estudios. Bakunin mismo reconoció para el niño una educación comenzando por la más grande autoridad ejercida sobre el niño recién nacido por los que lo atienden y acabando por la cesación de toda autoridad sobre el adolescente que se transforma en adulto. Robert Owen, para obtener su objetivo, aplicó los medios más amplios, de derecha a izquierda, como podría decirse, o sea, apeló al Estado para medidas generales preparatorias (que faltaban entonces completamente) a fin de reducir el mal que causa la explotación capitalista. Se sabe que fué el padre de las ocho horas y el abogado incansante de toda medida de protección obrera. Apeló al congreso de los emperadores y reyes de la Santa Alianza, en 1818; es allí donde un ilustre cínico vendió "la reacción", le dijo: "pero nosotros no deseamos en absoluto que las masas populares sean felices e independientes por la aplicación de las medidas que usted propone con ese fin. ¿Cómo podríamos, en ese caso, gobernarlas?" — Owen se preocupó también de poner en práctica sus ideas por un experimento práctico, en New Harmony (Estado de Indiana, América del Norte), en 1825, en un terreno ocupado hasta entonces por los socialistas cristianos, los raptistas. Sus amigos y él inauguraron el movimiento cooperativo inglés que continúa existiendo en proporciones enormes, aunque no inspirado ya en el espíritu de Robert Owen, — con su espíritu esos movimientos ricos y sólidos, desarrollados más o menos en todos los rincones del globo, por una federación verdaderamente solidaria, por la extensión de la cooperación productiva en alianza estrecha con los sindicatos obreros igualmente distribuidos absolutamente por todas partes, habrían podido tener en jaque al capitalismo, desde hace mucho tiempo, crear el verdadero internacionalismo humanitario y económicamente solidario y cerrar esta maldita era de las guerras. Hoy existen esos organismos gigantescos pero que parecen caer de alma, de vida real, — hace un siglo existía el gran espíritu de Robert Owen y de sus camaradas, pero los organismos a su disposición no estaban, sino en su infancia. ¿Cuándo serán animados esos vastos cuadros por un gran espíritu por una verdadera voluntad? Tienen el aspecto de grandes construcciones habitadas por una raza de enanos. Felizmente la última palabra no ha sido pronunciada todavía; el *Quid socialismi* y otros esfuerzos semejantes demuestran que hay un poco de vida en ese cuerpo demasiado inanimado. Cuanto más de cerca examinamos no importa qué parte de los preparativos para la sociedad nueva, más vemos lo mucho que falta aún por hacer.

Los owenistas sostuvieron también un ensayo de mutualismo, el almacén para el cambio directo de productos abierto en Londres (1830-32) y que el periódico *World's Crisis* permite seguir. En Nueva York, como Fourier, dieron un amplio impulso al *socialismo experimental*, sobre todo en Inglaterra, en los Estados Unidos y en Francia; esa es una rama de la preparación socialista que se ha desdoblado y despreciado erróneamente. Porque, todos carecemos de la verdadera experiencia socialista que sólo puede dar el *experimento*. Únicamente los conocimientos y la experiencia pueden servir verdaderamente de defensa contra la dictadura; porque en la fuente de toda dictadura hay una superioridad verdadera o pretendida, positiva, de los que se hacen dictadores, pretendiendo saber hacer las cosas mejor que los demás. Aunque sea el principio una dictadura de apariencias intelectuales (una dictadura de sabios y de técnicos, resultará pronto la dictadura bien material y duradera".

La superioridad pasajera o pretendida de algunos hombres primitivos en la explotación de los hechos naturales, basada en la observación, etc., valió a la humanidad la dictadura espiritual de los sacerdotes, de los explotadores, de los carceres, y de la explotación humana; dictadura que persiste aún. La superioridad de algunos en fuerza física y en astucia, que la colectividad no ha aplastado en sus comienzos, le ha valido la dictadura gubernamental que dura todavía, las ventajas económicas han destruido la solidaridad social y creado la dictadura

Un tomo en 8.º, rústica \$ 1.20
 Edición especial, papel pluma... 2.00
 Encuadernado en tela... 3.50
 Todo pedido debe venir acompañado de su importe, a nombre de A. Barrera —
 PERÚ 1537 — Buenos Aires.

la república y la tenacidad naturales del búlgaro, quien puede expresar libremente su pensamiento y luchar hasta la muerte por su realización. Se puede añadir también el odio extremo contra la autoridad en general, odio acrecentado por una esclavitud de cinco siglos.

Solamente bajo este aspecto podemos comprender cómo en un país tan pequeño como el nuestro hayan surgido decenas de anarquistas que mueren por su ideal, y siempre la muerte de los unos provoca una impulsión a la lucha y a la propaganda de muchos otros.

Naturalmente, cuando se habla de anarquismo en Bulgaria es inútil remontar a la época lejana de los Bogomiles (1) y a la época más reciente de los Haiduks populares (2), bien que, ya en estos movimientos, encontramos en germen la idea anarquista. Tampoco es necesario de tenernos en la época de Botioff (3) y en Botioff mismo, quien, aunque así no se denominara, fué, sin embargo, el primer anarquista.

El primero que enarboló abiertamente el estandarte de la anarquía en Bulgaria fué Spiró Goulatcheff (en 1892). Hasta entonces las ideas del socialismo que habían penetrado en Bulgaria después de la Comuna de París habían sido, más bien, una mezcla de las doctrinas marxista y bakunista. Goulatcheff fué uno de los primeros que contribuyó a la difusión del ideal anarquista comunista; editó por primera vez en búlgaro los folletos de propaganda de Bakunin, Króptkin, etc.

Los primeros grupos de estudio y de propaganda anarquista surgieron entonces. Pero de este comienzo al movimiento anarquista real, se desarrolló un largo período de propaganda, primero débil y esporádico, y a continuación más recio y mejor organizado.

Cuando aparecieron en 1909 y en 1911 los diarios *Bezvlástie* (La anarquía) y *Probovda* (El despertar) existía ya, un terreno bastante favorable para la propagación de las ideas anarquistas. En muchas ciudades se habían constituido grupos, y la propaganda fué intensificada por la aparición de libros y folletos de Reclus, Malatesta, Kropotkin, Grave, Faure, etc. El grupo de la edición "*Bezvlástie*" editó las obras más notables de la doctrina anarquista. (La *Ayuda Mutua*, Palabras de un Rebelde, La Ciencia Moderna y la Anarquía, etc. de Kropotkin; Evolución y Revolución e Ideal Anarquista de Reclus, y muchos otros).

Folletos de propaganda han sido editados por otros grupos.

Después de *Bezvlástie* y *Probovda* apareció el periódico hebdomadario *Rabotnitskaka Missal* (El pensamiento obrero), luego *Osvobodjénie* (La Liberación).

Estas ediciones crearon una efervescencia de ideas, y partiendo de los grupos aislados, los principios libertarios penetraron en la masa de los trabajadores.

Pero la guerra mundial detuvo temporalmente la propaganda. Clausuró el primer período de la actividad anarquista en Bulgaria.

Sobre el segundo período volveremos próximamente.

G. G.

(1) Los Bogomiles: secta cristiana fundada por el sacerdote Bogomile en el siglo X después de J. C. Los discípulos del sacerdote Bogomile negaban la autoridad, combatían las leyes y vivían en sus comunas enteraente como anarquistas. No prestaban servicio en el ejército, siendo irreductibles antimilitaristas; no asistían a las iglesias y eran vegetarianos. Huelga decir que la autoridad era severa en sus represalias contra el movimiento bogomile. Los perseguía salvajemente, quemaba los escritos y los hombres. Sin embargo fué el movimiento bogomile la principal causa de la ruina del antiguo Estado búlgaro. Muchos partidarios del sacerdote Bogomile habían emigrado a la Francia meridional, desarrollaron allí su movimiento el que era conocido bajo la denominación de maniqueísmo.

(2) Los Haiduks populares fueron los únicos rebeldes durante los tiempos sombrios de la esclavitud secular. Vivían en las montañas y combatían la autoridad por sus hachas (bandas). Durante el invierno los haiduks ocultaban sus ar-

mas y descendían al campo hasta la primavera, para cultivar. Esporádico y parcial durante tres siglos, el movimiento de los haiduks alcanzó, en el siglo XVIII una gran extensión y las revueltas estallaron en masa. Una ola de insurrección envolvió todo el país.

(3) Christo Botioff (1847-1876) poeta y revolucionario, asesinado en las montañas, después de haber atravesado con su tcheta el Danubio y haber combatido algo con el ejército turco. Botioff era discípulo de Proudhon y Bakunin. Era un militante destacado del socialismo libertario. Con Proudhon afirmaba que cada gobierno es una conspiración de bribones contra la libertad de los pueblos. Sin denominarse anarquista, Botioff fué, en su vida y en sus escritos, un libertario consciente. Él ha escrito el clogio más admirable, en la literatura búlgara, de la Comuna de París.

LANADA

Se estaba muriendo un alto dignatario, viejo, importante, un gran señor que tenía mucho apego a la vida. Era para él muy penoso morir; no creía en Dios, ni comprendía por qué moría y dominábase el terror. Era horrible ver como sufría.

Su vida era grande, rica y llena de interés; su corazón y su cerebro estaban siempre satisfechos. Pero estaban cansados, agotados casi como todo su cuerpo, por otra parte, que se iba enfriando poco a poco. Sus ojos y oídos, acostumbrados a ver y oír siempre lo bello, estaban igualmente cansados, y la alegría misma pesaba sobre su corazón harto trabajado. Cuando todavía no se estaba muriendo, pensaba en la muerte, algunas veces, con cierto placer; se decía que le daría el reposo, que le libraría de todo aquellos abrazos, muestras de estimación y relaciones que tanto le fastidiaban. Si, lo pensaba con placer; pero, ahora, estando a punto de morir, sentía que un horror indescriptible penetraba en su alma.

Quisiera vivir todavía un poco, aunque no fuera más que hasta el lunes próximo, mejor aún hasta el miércoles o el jueves. Pero no sabía con precisión el verdadero día de su muerte, ya que en la semana había solamente siete días.

Y precisamente aquel día desconocido se presentó ante él un diablo, muy ordinario, como muchos. Se introdujo en la casa disfragado de cura; pero el alto dignatario comprendió en seguida que el diablo no había ido allí por ir, y se puso alegre: una vez que el diablo existe, la muerte no es realidad; por el contrario, la inmortalidad es algo real. En rigor, si la inmortalidad no existe, se puede prolongar la vida vendiendo el alma en condiciones ventajosas. Esto era evidente, casi claro.

Pero el diablo tenía un aspecto cansado y aburrido. Durante un rato, bastante largo, no dijo nada y miró a su alrededor con una mueca de disgusto, como si se hubiera equivocado de dirección. Esto inquietó al dignatario, que se apresuró a ofrecer un sillón al diablo. Pero, aún después de sentado, el diablo conservaba su aire aburrido y guardaba silencio.

—¡Helos aquí, tales como son! — pensó el dignatario examinando con curiosidad al visitante. — ¡Dios mío qué hócico tan desagradable! Ni en el infierno debe pasar por guapo.

—Yo me le figuraba a usted de otro modo — dijo en voz alta.

—¿Qué? — preguntó el diablo haciendo un gesto.

—Yo no me lo figuraba a usted así.

—¡Tonterías!

Todo el mundo le decía lo mismo al verlo por primera vez, y esto le fastidiaba.

—Y, sin embargo, no puedo ofrecerle té o vino — se dijo el dignatario — Quizá ni siquiera sepa beber.

—¡Bueno, ya está usted muerto! — comenzó el diablo con tono flemático.

—¿Qué es lo que usted dice? — exclamó indignado el dignatario. — ¡Estoy vivo todavía!

—No diga tonterías — respondió el diablo, y continuó —. Está usted muerto. ... Y bien, ¿qué haremos ahora? Este es un asunto serio y hay que tomar una decisión.

—¿Qué es lo que usted dice? — exclamó indignado el dignatario. — ¡Estoy vivo todavía!

—No diga tonterías — respondió el diablo, y continuó —. Está usted muerto. ... Y bien, ¿qué haremos ahora? Este es un asunto serio y hay que tomar una decisión.

—¿Una especie de autonomía? — dijo sonriendo el dignatario.

—Sí, lo que usted quiera. ... Ahora, los pecadores se rompen la cabeza. ... ¡Vamos, querido, hay que decidirse!

El otro reflexionó, y teniendo ahora plena confianza en el diablo, le preguntó: —¿Qué me recomendaría usted?

El diablo frunció las cejas.

—No, en cuanto a eso... no soy amigo de dar consejos.

—Entonces no quiero ir al infierno. — Muy bien, será como usted guste. No tiene usted más que poner su firma. Desplegó ante el dignatario un papel muy sucio, que más bien parecía un moquero que un documento tan importante.

—Firme aquí — y señaló con su garrón. Digo, no, aquí no. Aquí se firma cuando se elige el infierno. Para la muerte definitiva, es aquí donde hay que firmar.

El dignatario, que había cogido ya la pluma, la dejó en seguida sobre la mesa, y suspiró.

—Naturalmente — dijo con un tono de reproche —, eso a usted lo mismo le da; pero a mí... Dígame, si gusta: ¿con qué se martiriza allí a los pecadores? ¿Con el fuego?

—Sí, con el fuego también — respondió con firmeza el diablo —. Tenemos días de asueto.

—¿De veras? — exclamó con alegría el hombre.

—Sí, los domingos y días de fiesta se descansan. Y, además, hemos introducido la semana inglesa; los sábados no se trabaja más que desde las diez de la mañana hasta medio día.

—¡Vaya, vaya! ¿Y por Navidad?

—Por Navidad, lo mismo que por Pascuas, se dan tres días libres. Aparte de esto, se da un mes de vacaciones en el verano.

—¡Vamos, eso es muy liberal! — exclamó el otro con alegría. — No lo esperaba... Pero, dígame, en rigor, ¿aquellos que me daba siempre horror! — pensó el dignatario.

—¡Tonterías! — respondió el diablo. El dignatario tuvo un sentimiento de vergüenza. El diablo estaba visiblemente de mal humor; probablemente no había dormido aquella noche, o bien hacía mucho tiempo que estaba mortalmente aburrido de, todo aquello; de dignatarios muriéndose, de la nada, de la vida eterna...

El dignatario vió barro en la pluma derecha del diablo. "No son muy limpios", se dijo.

—Entonces — repuso el hombre —, ¿es la Nada?

—La Nada — respondió el diablo, como un eco.

—¿O la vida eterna?

—O la vida eterna.

El hombre se puso a reflexionar. En la habitación vecina habían terminado ya el servicio fúnebre en su honor, y él seguía reflexionando. Y los que le veían en su lecho mortuario, con su rostro grave y severo, no adivinaban qué extraños pensamientos asaltaban su cráneo frío. Tampoco veían al diablo, Olla a incienso, a cirios, ardiendo y a alguna otra cosa más.

—La vida eterna — dijo el diablo pensativo, cerrando los ojos. — Se me ha recomendado muchas veces que se explique lo que eso quiere decir. Creen que no me expreso con suficiente claridad; pero, ¿es que esos idiotas la pueden comprender?

—Es de mí de quien habla usted?

—No solamente de usted... Hablo en general. Cuando se piensa en todo esto... Hizo un gesto de desesperación. El dignatario intentó manifestarle su compasión.

—Le comprendo. Es un oficio penoso el suyo; y el yo, por mi parte, pudiera... Pero el diablo se enfadó.

—¡Le fuere a usted que no toque a mi vida personal! o me verá obligado a enviarle a usted al diablo! Se le presentaba una cuestión y usted no tiene más que responder: ¿la muerte o la vida eterna?

—¡Qué brutos son!

—Sí, pero vaya usted a llamarles a la razón. Felizmente, nuestro Maestro...

El diablo se levantó respetuosamente y su rostro adquirió una expresión aun más desagradable. El hombre hizo también un gesto cobarde para manifestar su respeto.

—Nuestro Maestro ha propuesto a los pecadores que se martiricen ellos mismos...

—Una especie de autonomía? — dijo sonriendo el dignatario.

—Sí, lo que usted quiera. ... Ahora, los pecadores se rompen la cabeza. ... ¡Vamos, querido, hay que decidirse!

El otro reflexionó, y teniendo ahora plena confianza en el diablo, le preguntó: —¿Qué me recomendaría usted?

El diablo frunció las cejas.

—No, en cuanto a eso... no soy amigo de dar consejos.

—Entonces no quiero ir al infierno. — Muy bien, será como usted guste. No tiene usted más que poner su firma. Desplegó ante el dignatario un papel muy sucio, que más bien parecía un moquero que un documento tan importante.

—Firme aquí — y señaló con su garrón. Digo, no, aquí no. Aquí se firma cuando se elige el infierno. Para la muerte definitiva, es aquí donde hay que firmar.

El dignatario, que había cogido ya la pluma, la dejó en seguida sobre la mesa, y suspiró.

—Naturalmente — dijo con un tono de reproche —, eso a usted lo mismo le da; pero a mí... Dígame, si gusta: ¿con qué se martiriza allí a los pecadores? ¿Con el fuego?

—Sí, con el fuego también — respondió con firmeza el diablo —. Tenemos días de asueto.

—¿De veras? — exclamó con alegría el hombre.

—Sí, los domingos y días de fiesta se descansan. Y, además, hemos introducido la semana inglesa; los sábados no se trabaja más que desde las diez de la mañana hasta medio día.

—¡Vaya, vaya! ¿Y por Navidad?

—Por Navidad, lo mismo que por Pascuas, se dan tres días libres. Aparte de esto, se da un mes de vacaciones en el verano.

—¡Vamos, eso es muy liberal! — exclamó el otro con alegría. — No lo esperaba... Pero, dígame, en rigor, ¿aquellos que me daba siempre horror! — pensó el dignatario.

—¡Tonterías! — respondió el diablo. El dignatario tuvo un sentimiento de vergüenza. El diablo estaba visiblemente de mal humor; probablemente no había dormido aquella noche, o bien hacía mucho tiempo que estaba mortalmente aburrido de, todo aquello; de dignatarios muriéndose, de la nada, de la vida eterna...

El dignatario vió barro en la pluma derecha del diablo. "No son muy limpios", se dijo.

—Entonces — repuso el hombre —, ¿es la Nada?

—La Nada — respondió el diablo, como un eco.

—¿O la vida eterna?

—O la vida eterna.

El hombre se puso a reflexionar. En la habitación vecina habían terminado ya el servicio fúnebre en su honor, y él seguía reflexionando. Y los que le veían en su lecho mortuario, con su rostro grave y severo, no adivinaban qué extraños pensamientos asaltaban su cráneo frío. Tampoco veían al diablo, Olla a incienso, a cirios, ardiendo y a alguna otra cosa más.

—La vida eterna — dijo el diablo pensativo, cerrando los ojos. — Se me ha recomendado muchas veces que se explique lo que eso quiere decir. Creen que no me expreso con suficiente claridad; pero, ¿es que esos idiotas la pueden comprender?

—Es de mí de quien habla usted?

—No solamente de usted... Hablo en general. Cuando se piensa en todo esto... Hizo un gesto de desesperación. El dignatario intentó manifestarle su compasión.

—Le comprendo. Es un oficio penoso el suyo; y el yo, por mi parte, pudiera... Pero el diablo se enfadó.

—¡Le fuere a usted que no toque a mi vida personal! o me verá obligado a enviarle a usted al diablo! Se le presentaba una cuestión y usted no tiene más que responder: ¿la muerte o la vida eterna?

Pero el dignatario seguía reflexionando y no podía decidirse. Fuera porque su cerebro comenzara a abismarse o porque nunca hubiera sido muy sólido, el dignatario se inclinaba más bien a la vida eterna. "¿Qué es eso del sufrimiento?", se decía. "¿No había sido toda su vida una serie de sufrimientos? Y, sin embargo, amaba la vida. No temía los sufrimientos. Pero su corazón cansado pedía reposo, reposo, reposo..."

En ese momento, se le conduía ya al cementerio. A las puertas del departamento de donde había sido jefe, se detuvo el cortejo y los curas dieron comienzo a un oficio religioso. Llovía y todo el mundo abrió los paraguas, el agua corría por el suelo y formaba charcos en el pavimento.

—Mi corazón está cansado hasta de las alegrías — continuaba reflexionando el dignatario que conducían al cementerio. Quizá sea demasiado estrecho mi corazón, pero estoy terriblemente cansado...

Y estaba casi decidido por la Nada, la muerte definitiva. Se había acordado de un pequeño episodio. Fué antes de caer enfermo. Tenía gente en casa, se relajó. El también reía mucho, a veces hasta llorar de risa. Y sin embargo, precisamente en el momento en que se creía más feliz, sintió de repente un desco irrisistible de estar solo. Y para satisfacer este deseo se escondió como un muaccho que teme que le castiguen, en un rincón.

—¡Pero, despache usted! — le dijo el diablo con tono de disgusto. — ¡El fin se acerca!

Hizo mal en pronunciar aquella palabra; el dignatario casi se había decidido

ra tiene lugar en nuestro cerebro: una especie de conversación en la que participan el pro y el contra, y algunos fisiólogos ven en ese fenómeno, si no una consecuencia de la doble simetría de la construcción del cerebro; al menos su complicada estabilidad (10). En todo caso es un problema accesorio el que mi hipótesis sobre el concepto fisiológico de la justicia sea justa o no. Lo importante es que la justicia es el concepto básico de la moralidad, puesto que no puede haber moral sin igualdad de derechos, es decir, sin justicia. Y si las opiniones de los sabios que se ocuparon del problema de la ética hasta ahora fueron contradictorias, la causa está en que la mayoría de esos sabios no quiso reconocer que la justicia es el origen de la moralidad. Este reconocimiento equivaldría igualmente al reconocimiento de la igualdad política y social de los derechos de los hombres y en consecuencia debería ne-

ra tiene lugar en nuestro cerebro: una especie de conversación en la que participan el pro y el contra, y algunos fisiólogos ven en ese fenómeno, si no una consecuencia de la doble simetría de la construcción del cerebro; al menos su complicada estabilidad (10). En todo caso es un problema accesorio el que mi hipótesis sobre el concepto fisiológico de la justicia sea justa o no. Lo importante es que la justicia es el concepto básico de la moralidad, puesto que no puede haber moral sin igualdad de derechos, es decir, sin justicia. Y si las opiniones de los sabios que se ocuparon del problema de la ética hasta ahora fueron contradictorias, la causa está en que la mayoría de esos sabios no quiso reconocer que la justicia es el origen de la moralidad. Este reconocimiento equivaldría igualmente al reconocimiento de la igualdad política y social de los derechos de los hombres y en consecuencia debería ne-

ra tiene lugar en nuestro cerebro: una especie de conversación en la que participan el pro y el contra, y algunos fisiólogos ven en ese fenómeno, si no una consecuencia de la doble simetría de la construcción del cerebro; al menos su complicada estabilidad (10). En todo caso es un problema accesorio el que mi hipótesis sobre el concepto fisiológico de la justicia sea justa o no. Lo importante es que la justicia es el concepto básico de la moralidad, puesto que no puede haber moral sin igualdad de derechos, es decir, sin justicia. Y si las opiniones de los sabios que se ocuparon del problema de la ética hasta ahora fueron contradictorias, la causa está en que la mayoría de esos sabios no quiso reconocer que la justicia es el origen de la moralidad. Este reconocimiento equivaldría igualmente al reconocimiento de la igualdad política y social de los derechos de los hombres y en consecuencia debería ne-

ra tiene lugar en nuestro cerebro: una especie de conversación en la que participan el pro y el contra, y algunos fisiólogos ven en ese fenómeno, si no una consecuencia de la doble simetría de la construcción del cerebro; al menos su complicada estabilidad (10). En todo caso es un problema accesorio el que mi hipótesis sobre el concepto fisiológico de la justicia sea justa o no. Lo importante es que la justicia es el concepto básico de la moralidad, puesto que no puede haber moral sin igualdad de derechos, es decir, sin justicia. Y si las opiniones de los sabios que se ocuparon del problema de la ética hasta ahora fueron contradictorias, la causa está en que la mayoría de esos sabios no quiso reconocer que la justicia es el origen de la moralidad. Este reconocimiento equivaldría igualmente al reconocimiento de la igualdad política y social de los derechos de los hombres y en consecuencia debería ne-

ra tiene lugar en nuestro cerebro: una especie de conversación en la que participan el pro y el contra, y algunos fisiólogos ven en ese fenómeno, si no una consecuencia de la doble simetría de la construcción del cerebro; al menos su complicada estabilidad (10). En todo caso es un problema accesorio el que mi hipótesis sobre el concepto fisiológico de la justicia sea justa o no. Lo importante es que la justicia es el concepto básico de la moralidad, puesto que no puede haber moral sin igualdad de derechos, es decir, sin justicia. Y si las opiniones de los sabios que se ocuparon del problema de la ética hasta ahora fueron contradictorias, la causa está en que la mayoría de esos sabios no quiso reconocer que la justicia es el origen de la moralidad. Este reconocimiento equivaldría igualmente al reconocimiento de la igualdad política y social de los derechos de los hombres y en consecuencia debería ne-

ra tiene lugar en nuestro cerebro: una especie de conversación en la que participan el pro y el contra, y algunos fisiólogos ven en ese fenómeno, si no una consecuencia de la doble simetría de la construcción del cerebro; al menos su complicada estabilidad (10). En todo caso es un problema accesorio el que mi hipótesis sobre el concepto fisiológico de la justicia sea justa o no. Lo importante es que la justicia es el concepto básico de la moralidad, puesto que no puede haber moral sin igualdad de derechos, es decir, sin justicia. Y si las opiniones de los sabios que se ocuparon del problema de la ética hasta ahora fueron contradictorias, la causa está en que la mayoría de esos sabios no quiso reconocer que la justicia es el origen de la moralidad. Este reconocimiento equivaldría igualmente al reconocimiento de la igualdad política y social de los derechos de los hombres y en consecuencia debería ne-

ra tiene lugar en nuestro cerebro: una especie de conversación en la que participan el pro y el contra, y algunos fisiólogos ven en ese fenómeno, si no una consecuencia de la doble simetría de la construcción del cerebro; al menos su complicada estabilidad (10). En todo caso es un problema accesorio el que mi hipótesis sobre el concepto fisiológico de la justicia sea justa o no. Lo importante es que la justicia es el concepto básico de la moralidad, puesto que no puede haber moral sin igualdad de derechos, es decir, sin justicia. Y si las opiniones de los sabios que se ocuparon del problema de la ética hasta ahora fueron contradictorias, la causa está en que la mayoría de esos sabios no quiso reconocer que la justicia es el origen de la moralidad. Este reconocimiento equivaldría igualmente al reconocimiento de la igualdad política y social de los derechos de los hombres y en consecuencia debería ne-

ra tiene lugar en nuestro cerebro: una especie de conversación en la que participan el pro y el contra, y algunos fisiólogos ven en ese fenómeno, si no una consecuencia de la doble simetría de la construcción del cerebro; al menos su complicada estabilidad (10). En todo caso es un problema accesorio el que mi hipótesis sobre el concepto fisiológico de la justicia sea justa o no. Lo importante es que la justicia es el concepto básico de la moralidad, puesto que no puede haber moral sin igualdad de derechos, es decir, sin justicia. Y si las opiniones de los sabios que se ocuparon del problema de la ética hasta ahora fueron contradictorias, la causa está en que la mayoría de esos sabios no quiso reconocer que la justicia es el origen de la moralidad. Este reconocimiento equivaldría igualmente al reconocimiento de la igualdad política y social de los derechos de los hombres y en consecuencia debería ne-

ra tiene lugar en nuestro cerebro: una especie de conversación en la que participan el pro y el contra, y algunos fisiólogos ven en ese fenómeno, si no una consecuencia de la doble simetría de la construcción del cerebro; al menos su complicada estabilidad (10). En todo caso es un problema accesorio el que mi hipótesis sobre el concepto fisiológico de la justicia sea justa o no. Lo importante es que la justicia es el concepto básico de la moralidad, puesto que no puede haber moral sin igualdad de derechos, es decir, sin justicia. Y si las opiniones de los sabios que se ocuparon del problema de la ética hasta ahora fueron contradictorias, la causa está en que la mayoría de esos sabios no quiso reconocer que la justicia es el origen de la moralidad. Este reconocimiento equivaldría igualmente al reconocimiento de la igualdad política y social de los derechos de los hombres y en consecuencia debería ne-

ra tiene lugar en nuestro cerebro: una especie de conversación en la que participan el pro y el contra, y algunos fisiólogos ven en ese fenómeno, si no una consecuencia de la doble simetría de la construcción del cerebro; al menos su complicada estabilidad (10). En todo caso es un problema accesorio el que mi hipótesis sobre el concepto fisiológico de la justicia sea justa o no. Lo importante es que la justicia es el concepto básico de la moralidad, puesto que no puede haber moral sin igualdad de derechos, es decir, sin justicia. Y si las opiniones de los sabios que se ocuparon del problema de la ética hasta ahora fueron contradictorias, la causa está en que la mayoría de esos sabios no quiso reconocer que la justicia es el origen de la moralidad. Este reconocimiento equivaldría igualmente al reconocimiento de la igualdad política y social de los derechos de los hombres y en consecuencia debería ne-

ra tiene lugar en nuestro cerebro: una especie de conversación en la que participan el pro y el contra, y algunos fisiólogos ven en ese fenómeno, si no una consecuencia de la doble simetría de la construcción del cerebro; al menos su complicada estabilidad (10). En todo caso es un problema accesorio el que mi hipótesis sobre el concepto fisiológico de la justicia sea justa o no. Lo importante es que la justicia es el concepto básico de la moralidad, puesto que no puede haber moral sin igualdad de derechos, es decir, sin justicia. Y si las opiniones de los sabios que se ocuparon del problema de la ética hasta ahora fueron contradictorias, la causa está en que la mayoría de esos sabios no quiso reconocer que la justicia es el origen de la moralidad. Este reconocimiento equivaldría igualmente al reconocimiento de la igualdad política y social de los derechos de los hombres y en consecuencia debería ne-

ra tiene lugar en nuestro cerebro: una especie de conversación en la que participan el pro y el contra, y algunos fisiólogos ven en ese fenómeno, si no una consecuencia de la doble simetría de la construcción del cerebro; al menos su complicada estabilidad (10). En todo caso es un problema accesorio el que mi hipótesis sobre el concepto fisiológico de la justicia sea justa o no. Lo importante es que la justicia es el concepto básico de la moralidad, puesto que no puede haber moral sin igualdad de derechos, es decir, sin justicia. Y si las opiniones de los sabios que se ocuparon del problema de la ética hasta ahora fueron contradictorias, la causa está en que la mayoría de esos sabios no quiso reconocer que la justicia es el origen de la moralidad. Este reconocimiento equivaldría igualmente al reconocimiento de la igualdad política y social de los derechos de los hombres y en consecuencia debería ne-

ra tiene lugar en nuestro cerebro: una especie de conversación en la que participan el pro y el contra, y algunos fisiólogos ven en ese fenómeno, si no una consecuencia de la doble simetría de la construcción del cerebro; al menos su complicada estabilidad (10). En todo caso es un problema accesorio el que mi hipótesis sobre el concepto fisiológico de la justicia sea justa o no. Lo importante es que la justicia es el concepto básico de la moralidad, puesto que no puede haber moral sin igualdad de derechos, es decir, sin justicia. Y si las opiniones de los sabios que se ocuparon del problema de la ética hasta ahora fueron contradictorias, la causa está en que la mayoría de esos sabios no quiso reconocer que la justicia es el origen de la moralidad. Este reconocimiento equivaldría igualmente al reconocimiento de la igualdad política y social de los derechos de los hombres y en consecuencia debería ne-

ra tiene lugar en nuestro cerebro: una especie de conversación en la que participan el pro y el contra, y algunos fisiólogos ven en ese fenómeno, si no una consecuencia de la doble simetría de la construcción del cerebro; al menos su complicada estabilidad (10). En todo caso es un problema accesorio el que mi hipótesis sobre el concepto fisiológico de la justicia sea justa o no. Lo importante es que la justicia es el concepto básico de la moralidad, puesto que no puede haber moral sin igualdad de derechos, es decir, sin justicia. Y si las opiniones de los sabios que se ocuparon del problema de la ética hasta ahora fueron contradictorias, la causa está en que la mayoría de esos sabios no quiso reconocer que la justicia es el origen de la moralidad. Este reconocimiento equivaldría igualmente al reconocimiento de la igualdad política y social de los derechos de los hombres y en consecuencia debería ne-

ra tiene lugar en nuestro cerebro: una especie de conversación en la que participan el pro y el contra, y algunos fisiólogos ven en ese fenómeno, si no una consecuencia de la doble simetría de la construcción del cerebro; al menos su complicada estabilidad (10). En todo caso es un problema accesorio el que mi hipótesis sobre el concepto fisiológico de la justicia sea justa o no. Lo importante es que la justicia es el concepto básico de la moralidad, puesto que no puede haber moral sin igualdad de derechos, es decir, sin justicia. Y si las opiniones de los sabios que se ocuparon del problema de la ética hasta ahora fueron contradictorias, la causa está en que la mayoría de esos sabios no quiso reconocer que la justicia es el origen de la moralidad. Este reconocimiento equivaldría igualmente al reconocimiento de la igualdad política y social de los derechos de los hombres y en consecuencia debería ne-

ra tiene lugar en nuestro cerebro: una especie de conversación en la que participan el pro y el contra, y algunos fisiólogos ven en ese fenómeno, si no una consecuencia de la doble simetría de la construcción del cerebro; al menos su complicada estabilidad (10). En todo caso es un problema accesorio el que mi hipótesis sobre el concepto fisiológico de la justicia sea justa o no. Lo importante es que la justicia es el concepto básico de la moralidad, puesto que no puede haber moral sin igualdad de derechos, es decir, sin justicia. Y si las opiniones de los sabios que se ocuparon del problema de la ética hasta ahora fueron contradictorias, la causa está en que la mayoría de esos sabios no quiso reconocer que la justicia es el origen de la moralidad. Este reconocimiento equivaldría igualmente al reconocimiento de la igualdad política y social de los derechos de los hombres y en consecuencia debería ne-

ra tiene lugar en nuestro cerebro: una especie de conversación en la que participan el pro y el contra, y algunos fisiólogos ven en ese fenómeno, si no una consecuencia de la doble simetría de la construcción del cerebro; al menos su complicada estabilidad (10). En todo caso es un problema accesorio el que mi hipótesis sobre el concepto fisiológico de la justicia sea justa o no. Lo importante es que la justicia es el concepto básico de la moralidad, puesto que no puede haber moral sin igualdad de derechos, es decir, sin justicia. Y si las opiniones de los sabios que se ocuparon del problema de la ética hasta ahora fueron contradictorias, la causa está en que la mayoría de esos sabios no quiso reconocer que la justicia es el origen de la moralidad. Este reconocimiento equivaldría igualmente al reconocimiento de la igualdad política y social de los derechos de los hombres y en consecuencia debería ne-

ra tiene lugar en nuestro cerebro: una especie de conversación en la que participan el pro y el contra, y algunos fisiólogos ven en ese fenómeno, si no una consecuencia de la doble simetría de la construcción del cerebro; al menos su complicada estabilidad (10). En todo caso es un problema accesorio el que mi hipótesis sobre el concepto fisiológico de la justicia sea justa o no. Lo importante es que la justicia es el concepto básico de la moralidad, puesto que no puede haber moral sin igualdad de derechos, es decir, sin justicia. Y si las opiniones de los sabios que se ocuparon del problema de la ética hasta ahora fueron contradictorias, la causa está en que la mayoría de esos sabios no quiso reconocer que la justicia es el origen de la moralidad. Este reconocimiento equivaldría igualmente al reconocimiento de la igualdad política y social de los derechos de los hombres y en consecuencia debería ne-

ra tiene lugar en nuestro cerebro: una especie de conversación en la que participan el pro y el contra, y algunos fisiólogos ven en ese fenómeno, si no una consecuencia de la doble simetría de la construcción del cerebro; al menos su complicada estabilidad (10). En todo caso es un problema accesorio el que mi hipótesis sobre el concepto fisiológico de la justicia sea justa o no. Lo importante es que la justicia es el concepto básico de la moralidad, puesto que no puede haber moral sin igualdad de derechos, es decir, sin justicia. Y si las opiniones de los sabios que se ocuparon del problema de la ética hasta ahora fueron contradictorias, la causa está en que la mayoría de esos sabios no quiso reconocer que la justicia es el origen de la moralidad. Este reconocimiento equivaldría igualmente al reconocimiento de la igualdad política y social de los derechos de los hombres y en consecuencia debería ne-

ra tiene lugar en nuestro cerebro: una especie de conversación en la que participan el pro y el contra, y algunos fisiólogos ven en ese fenómeno, si no una consecuencia de la doble simetría de la construcción del cerebro; al menos su complicada estabilidad (10). En todo caso es un problema accesorio el que mi hipótesis sobre el concepto fisiológico de la justicia sea justa o no. Lo importante es que la justicia es

honestos un sofisma no causa efecto; aunque inconscientemente vencen en los casos de duda los motivos profundos, internos. Después se produce la armonía entre la razón y lo que llamamos conciencia y se desarrolla un acuerdo que da la posibilidad de vivir la vida en su contenido entero, la vida intensiva, alegre, ante la que palidecen los dolores... El que ha vivido esa vida, el que ha conocido una vida semejante, no la cambiará por una existencia miserable llena de duda.

Si alguno se "sacrifica" en ella, no se siente de ningún modo como víctima. Una planta debe florecer, escribe Guyau, aunque siga a la floración inevitablemente la muerte. Igualmente el hombre que siente en sí un exceso de compasión para los dolores humanos, que tiene la necesidad de una productividad espiritual, de un trabajo creador, — ofrenda libremente sus fuerzas sin tener en cuenta las consecuencias que le resulten para sí.

Ordinariamente tal obrar es llamado abnegación, desprendimiento, altruismo. Pero todas esas calificaciones son falsas, porque el hombre que obra así en la mayoría de los casos no habría cambiado los padecimientos físicos y hasta morales que ha tenido que sufrir mediante ese modo de obrar por una pacífica abstinencia y menos aún por una defectuosa fuerza de voluntad.

Un ejemplo — uno entre muchos. Cuando estuve en la costa sur de Inglaterra en una pequeña aldea en que se encuentra un establecimiento de la Sociedad para la salvación de los desgraciados en el mar, conversé con los marineros de la "Coats guard". Uno de ellos me contó cómo salvaron el año pasado la tripulación de un barco español cargado de naranjas. El barco fué llevado durante una terrible tempestad de nieve a un lugar llano que estaba en las cercanías de nuestra aldea. Las olas gigantes saltaban por encima de él; la tripulación que consistía en cinco hombres y un muchacho, se ató a los palos de las velas y demandó auxilio. Pero el bote de salvamento no podía partir, porque las olas lo arrojaban a la playa de nuevo.

"Estábamos todos en la playa, dijo el relator, y no podíamos emprender nada, hasta que hacia las tres comenzó a anochecer; era en febrero, y se oyeron los gritos desesperados del muchacho atado al mástil. Entonces no pudimos contenernos más. Los que antes habían afirmado que era una locura disponerse a navegar, pues no llegaríamos nunca al mar, comenzaron a gritar los primeros: "Queremos intentar, sin embargo". Echamos de nuevo un bote de salvamento, luchamos largo tiempo contra la tempestad, antes de llegar al mar. Las olas volcaron dos veces el bote. Dos de los nuestros se ahogaron. El pobre Dago se enredó al borde en las cuerdas y se ahogó ante nuestros ojos, en las olas... Era horroroso verlo. Finalmente vino una fuerte ola y nos arrojó a todos en la playa. A mí se me encontró al día próximo en la nieve, a dos millas de aquí.

Dos españoles fueron salvados por un gran bote de salvamento de Dengenes... O acordados de los mineros de Rondales, que horadaron durante dos días el camino por una galería subterránea destruida para llegar hasta sus camaradas enterrados. Esperaban a cada momento, que serían muertos por una explosión o por un nuevo derrumbamiento. "Las explosiones continuaban, pero nosotros oíamos los golpes de las camaradas; nos daban señal de que vivían aún... y continuamos".

Ese es el contenido de todos los hechos verdaderamente altruistas, de los grandes y de los pequeños. Un hombre a quien se ha inculcado la capacidad de identificarse con su ambiente, un hombre que es consciente de la fuerza de su corazón, de su voluntad, pone libremente su capacidad al servicio de los otros, sin esperar ni en este ni en el otro mundo una recompensa cualquiera. Ante todo posee la capacidad de comprender los sentimientos de los otros, de experimentarlos. Eso basta. Comparte con los demás dolor y alegría. Les ayuda a soportar los períodos difíciles de su vida. Siente sus fuerzas y emplea generosamente sus capacidades en amar a los otros, en entusiasmarlos, en despertar en ellos la fe en un futuro mejor y en inclinarlos a la lucha por ese futuro. Sea cualquiera el destino que le corresponda no lo toma como dolor, sino como, realización de su vida, como una riqueza de la vida que no quisiera cambiar por un vegetal desprovisto de todo deber; prefiere los peligros eventuales a una vida sin lucha ni contenido.

Aun ahora que se propaga el individualismo más brutal por la palabra y el escrito, la ayuda mutua es la parte integrante más esencial de la vida de la humanidad. Y depende de nosotros mismos, no de circunstancias exteriores, el proporcionar cada vez más plaza a la ayuda recíproca, no en forma de beneficencia, sino por el cultivo natural de los instintos sociales existentes en nosotros. Queremos considerar — ahora, cómo se presenta lo que llamamos deber, desde el punto de vista desarrollado por mí.

Casi todos los que escriben sobre moralidad intentaron relacionarla a un origen cualquiera: a la inspiración de lo alto, a un sentimiento innato o a un provecho racionalmente comprendido, personal o general.

En realidad se constata que la moralidad es un complicado sistema de sentimientos y conceptos que se han desarrollado en el hombre lentamente y que se desarrollan aún. Se deben distinguir en la moralidad, cuando menos, tres elementos constitutivos: 1) el instinto, es decir la costumbre heredada de la sociabilidad; 2) la representación conceptual de la justicia, y, 3) el sentimiento apoyado por la razón, que puede llamarse abnegación, desinterés, desprendimiento, o la más alta satisfacción de las poderosas exigencias de la naturaleza. La misma palabra magnanimidad refleja falsamente el contenido de ese sentimiento, pues la magnanimidad supone un alto aprecio del propio hecho, mientras que el hombre moral rehusa precisamente esa apreciación. En eso consiste precisamente la verdadera fuerza de lo moral.

Los hombres tienen tenencia a atribuir sus inclinaciones éticas a revelaciones sobrenaturales; esa tentación la resisten muy pocos pensadores; los demás los utilitaristas, se esforzaron por explicar la moralidad por la representación de lo provechoso desarrollada en el hombre. Así surgieron dos escuelas contradictorias. Pero aquellos de nosotros que conocen la vida humana y que se han liberado de los prejuicios de la Iglesia, saben lo importante que fué y es todavía para la humanidad la ayuda mutua, lo importante que es un juicio racional sobre la justicia y lo desinteresadas que son las acciones del hombre de firme corazón y firme voluntad.

Hasta en esta época en que es propagado el individualismo más brutal, es decir la regla: "piensa ante todo en tí", la humanidad no podría existir una docena de años sin apoyo mutuo y sin actividades espontáneas al servicio de la comunidad. Desgraciadamente, estos pensamientos sobre la esencia de la moralidad y su evolución no han encontrado eco alguno entre los representantes de la ciencia moderna. Huxley, como uno de los mejores darwinistas, cuando explica nuevas ideas sobre "la lucha por la existencia" y su significación para la evo-

lución, abandona a su gran maestro en el problema de la evolución de los conceptos éticos del hombre. Darwin los explicó como un instinto social propio igualmente de los hombres y de los animales. En lugar de dar a la moralidad una explicación natural, este notable naturalista ha preferido asejorar las enseñanzas de la naturaleza con los dogmas eclesiásticos.

Herbert Spencer, que ha dedicado su vida a la elaboración de una filosofía racional basada en la teoría de la evolución y que se ha ocupado muchos años de los problemas de la moralidad, no ha seguido igualmente por completo la explicación darwinista del instinto moral. Después del tardío reconocimiento del apoyo mutuo en los animales (tan sólo en junio de 1888 en la revista *Nineteenth Century*) y después de la confesión de que en muchos de ellos existen rudimentos de sentimiento moral, Spencer quedó, sin embargo, discípulo de Hobbes, que niega la existencia de sentimientos morales en los pueblos primitivos, "mientras no haya concertado ningún pacto social" ni se hayan sometido a las reglas de los sabios legisladores inspirados de una manera misteriosa. Y si Spencer cambió algo su punto de vista, en los últimos años de su vida, el hombre primitivo fué siempre para él, como para Huxley, un animal pendenciero que sólo pudo ser amansado mediante las leyes, y finalmente se ha formado un concepto de las relaciones morales con sus semejantes en parte por cálculos egoístas.

Pero la ciencia debió haber abandonado desde hace mucho el gabinete de Pausto, en el cual sólo penetra la luz por turbias ventanas.

Es ya tiempo de que los sabios conozcan la naturaleza, no sólo a través de las empolvadas bibliotecas, sino en las montañas libres y en los valles, a la luz del sol, como han hecho al comienzo del siglo XIX los fundadores de la zoolo-gía científica en los desiertos americanos, lo mismo que los fundadores de la verdadera antropología, que convivieron con los pueblos primitivos, no para enseñarles la doctrina cristiana, sino para conocer sus usos y costumbres.

Entonces se convencerán de que la mo-

ralidad no es extraña a la naturaleza. Verán cómo la madre expone su vida en el mundo animal entero por salvar al hijo, cómo los animales gregarios luchan solidariamente contra los enemigos, cómo se reúnen en grandes comunidades para buscar unidos nuevos alimentos; verán en ella cómo reciben los salvajes primitivos de los animales las doctrinas de la moralidad; verán después de dónde procede el que nuestros maestros espirituales estén tan orgullosos y se vanaglorien de ser los representantes de Dios en la Tierra. Y en lugar de repetir que la naturaleza es inmoral, comprenderán que, cualesquiera sean los conceptos de lo bueno y de lo malo, no son más que la expresión de lo que nos ha dado primero la naturaleza y después el lento proceso de la evolución.

El supremo ideal a que se han elevado los mejores de nosotros, no es otra cosa que lo que observamos ya en los animales y en las razas primitivas, lo mismo que en los pueblos civilizados de nuestros días, cuando se ofrenda la vida por el prójimo y por la dicha de las futuras generaciones. Sobre este ideal no se elevó hasta aquí nadie y nadie puede elevarse.

F. I.

(10) Añado aquí que, como después supe, el conocido pensador positivista Littré llegó a la misma hipótesis en un artículo sobre la moralidad, publicado en una revista "Philosophie positive".

(11) El libro de Godwin, "Political Justice", dos volúmenes, apareció en 1792-93 (en la segunda edición han sido hechas algunas supresiones por la censura). "De la justice dans la Revolution et dans le Regime" de Proudhon, apareció en 1858-1859.

(12) Así se llamaba a los hijos de aquellos pobres que tras largos años de lucha infructuosa con la pobreza se veían obligados a ir a los asilos obreros, verdaderas prisiones con trabajos forzados; les eran quitados los hijos y dados a los señores de las fábricas para el trabajo en sus establecimientos.



El oro pesa más que la sangre